

ANTÍGONA POR URE

Traducción y Bitácoras
de una apuesta dramática



Carnelli & Ure
Banegas & Genta

leviatán

Antígona por Ure : traducción y bitácoras de una apuesta teatral /
Alberto Ure ... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos
Aires : Leviatán, 2016.
180 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-514-922-9

1. Filosofía del Teatro. I. Ure, Alberto
CDD 792.01

Diseño gráfico interior y de tapa: Vanesa Villalba
Fotografía de cubierta: Andrés Barragán

Libro de edición argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
copyright © by **Editorial Leviatán**

Editorial LEVIATÁN, Alsina 1170, piso 5to, of 511
C1088AAF - Ciudad de Buenos Aires - Argentina
Tel. (011) 4381-7947

Mail: edileviatan@yahoo.com.ar
editorial@e-leviatan.com.ar
Web: <http://www.e-leviatan.com.ar>

Impreso en Argentina - Printed in Argentine

Ure & Carnelli
Banegas & Genta

ANTÍGONA POR URE

TRADUCCIÓN Y BITÁCORAS
DE UNA APUESTA DRAMÁTICA

TEATRO DEL MUNDO

leviatán

PRÓLOGO

Escribir sobre algo tan atractivo e inteligente no resulta fácil, los peligros acechan, la obviedad es el más inocuo. Allí iré.

La versión de Alberto Ure de *Antígona* de Sófocles con traducción directa del griego, realizada con Elisa Carnelli en 1988, resuena hoy como ayer como eco multiplicador.

Tragedia. Argentina. La casa no está en orden. El cuerpo insepulto de Polinices, sus restos devorados por los perros, nos hablan de otros cuerpos, de otros muertos.

El tratamiento que se le da a los muertos nos arroja de cabeza a la Política, a la Religión, al Teatro, dice Ure, de manera brillante, e indica, en la nota preliminar y en la Carta al Elenco, las claves formales de su búsqueda.

La forma coloquial del lenguaje, lo "bajo", como sistema defensivo ante lo acartonado de la tradición cultural: "Mandarse a hacer una...", el tono levente socarrón, le permite luego, bajar, con elegancia, la cita culta de la traducción. Morisquetas del lenguaje, afirmación de la diferencia. Instalando con claridad que no habrá ingenuidad alguna.

Asocia la tarea, la que se "manda a hacer", con meterse en un túnel, pero un túnel amplio, con varias salidas, posibilitador. Y lo diferencia del laberinto "que se regodea en desorientar a quienes lo recorren". Sabe, por experiencia, por talento, que el problema no pasa únicamente por el texto, sino por sus manipulaciones. Por eso ironiza sobre los lenguajes, abstractos, crípticos.

Se tratará de un vínculo de un nivel de apasionamiento y riesgo, extremos.

En la carta al elenco, extraordinarios comentarios de Dirección cuando reflexiona sobre lo inacabado, la necesidad de nuevos ensayos, el señalamiento sobre la interioridad (acompañado por el ejemplo Pacino en El Padrino), el peligro, para lo trágico de lo psicológico, la necesidad de encontrar el "vértigo", el análisis de las fuerzas propias, etc. Se trata de dos escritos de pequeño formato pero con tal condensación de ideas, que se nos tornan incandescentes. Quemán.

Luego los Cuadernos de Ensayo de Adriana Genta y Cristina Banegas, imposible capturar la innumerable serie de imágenes, asociaciones, poéticas, teatrales, personales. Hay allí una expresión de voluntad amorosa hacia el Teatro, una inteligencia de Actuación y una lealtad absoluta al encuentro con la Dirección.

Banegas y Genta. Antígona e Ismene tratando de convertir lo sucedido en experiencia. Actuando. Es la creencia la que está en juego. Es hacer creer.

Exhumar esa tragedia, hacerla circular por entre levantamientos carapintados, golpes de mercado, hiper inflación, es la respuesta a las ideas de consenso y pacto como garantes de funcionamiento social político-cultural.

La casa no está en orden nos dice Antígona. Tragedia Argentina nos dice el Comando Cultural cartonero Báez.

Con admiración y respeto,

Bartís

NOTA PRELIMINAR

Cuando hace un tiempo surgió la feliz idea de publicar la excelente versión de Antígona de Alberto Ure, con traducción directa del griego de Elisa Carnelli, nos acordamos de nuestros viejos cuadernos de apuntes tomados durante los ensayos de la obra, de aquellas "bitácoras" de nuestro trabajo como actrices embarcadas en el viaje a través de ese mar bravío que Ure generaba para cada una de sus puestas y que él mismo llamó en sus escritos teóricos "campo de ensayo".

En la obra que estrenamos en 1989 en el Excéntrico de la 18°, nosotras éramos las hermanas Antígona e Ismene. Como parte de nuestra tarea actoral, cada una llevaba un cuaderno donde en todos los ensayos tomábamos notas del trabajo del día, de las ideas que Ure iba desplegando, de las imágenes que le surgían (muy caóticas al principio), de las indicaciones que nos hacía apuntando a disparar nuestra actuación, de las lecciones sobre teatro y tragedia que él incluía en aquel proceso de ensayo. Su tarea de dirección combinaba lo más racional de la reflexión sobre el hecho escénico y el carácter de la tragedia, con lo más salvaje de la incitación a la búsqueda actoral lanzada hacia el centro mismo de lo trágico.

Llevar aquel registro escrito de cada día de ensayo fue motivo de chanza constante por parte de Ure. "Querido diario...", nos decía burlón, cuando abríamos los cuadernos y comenzábamos a apurar la letra para no perder nada de todo lo valioso que escuchábamos y que nos empeñábamos en anotar. Pese al desdén del maestro, logramos completar el registro desde el primer día de ensayo en enero de 1988 hasta el último, en mayo de 1989.

Ahora, a propósito de la edición de esta versión de *Antígona*, nos surgió la necesidad de volver sobre aquellos apuntes. Los cuadernos, arrumbados en el cajón de los recuerdos, habían sobrevivido al tiempo, las mudanzas y las razias de ordenar viejos papeles. Y comenzamos a reunirnos las dos para leernos mutuamente lo que cada una había anotado sobre cada día de ensayo y que hasta entonces había sido desconocido para la otra.

A veces nuestras anotaciones coincidían, a veces el tema apuntado era el mismo pero la forma de entenderlo y expresarlo de cada una variaba, a veces lo registrado por una y otra no se correspondía. Pero comenzamos a encontrar un valor esencial en aquellas bitácoras porque lo que anotábamos era fundamentalmente el discurso de Ure aunque a través del filtro de nuestra propia subjetividad. Y ese discurso que registramos era la expresión de su pensamiento, sus conocimientos y su reflexión surgiendo lleno de ideas, conceptos, imágenes e indicaciones actorales que eran disparados hacia la experiencia concreta, por las necesidades propias del trabajo, para dotar de teatralidad viva a la obra de Sófocles cuyo texto él y Carnelli habían traducido y versionado para ser puesto en boca y cuerpo de ese puñado de actores que nos reuníamos en una sala del under, en un país convulsionado por los alzamientos de Carapintadas, por el desastre económico y político que acompañó al adelantado final del mandato de Alfonsín y la inminente asunción presidencial por parte de Menem. Cuando poco tiempo después, habiendo ya estrenado, comenzó a desplegarse la política neoliberal menemista con la ola de privatizaciones a la cabeza, nos dimos cuenta cuánto del imaginario que fogoneaba nuestra versión teatral de *Antígona* estaba atravesado por el espanto de lo que vendría y cómo entonces los textos de Sófocles y la puesta de Ure cobraban una vigencia que resonaba poderosamente en aquel presente y que se había forjado en una intuición premonitoria.

Releyendo nuestros apuntes pensamos que podrían tener algún interés en tanto recogían (aunque sin filtro y con la espontaneidad de lo que se escribe para uno mismo) la experiencia valiosa de atravesar un proceso de ensayo y preparación de una obra que daba cuenta en formato testimonial de lo que Ure ha escrito profusamente en el desarrollo de su teoría de “campo de ensayo”. Pero lo que en un principio iba a ser incluir algunos fragmentos a modo de breve sección preliminar al texto mismo de la *Antígona* versionada por Ure-Carnelli, terminó siendo, por sugerencia de la editora, la inclusión del contenido completo de nuestras anotaciones.

Estos apuntes están transcritos tal cual fueron registrados en su momento. No hay correcciones, no hay filtros, no hay reinterpretaciones. En el discurrir de las palabras escritas en aquellos días, no siempre queda claro si la anotación refiere a un pensamiento de Ure, a una marcación, o a un comentario. A veces no se deduce categóricamente si lo anotado es una descripción o una crítica, una imagen que vaga o una idea que ya se sugiere como indicación. A veces se mezcla alguna reflexión nuestra, algún comentario personal. Pero decidimos no hacer ahora aclaraciones a posteriori. Así como fue escrito, así queda. No son los apuntes cuidados de los discípulos de Saussure. Son los “queridos diarios” de dos actrices que admiran a su director y tratan de aprehenderlo aunque a veces sea inaprensible y de entenderlo aunque a veces sea inentendible, pero que se dejan inspirar por él porque sus reflexiones, sus sugerencias, sus imágenes, y hasta sus chistes y provocaciones resultan materia combustible con la que encender motores e intentar actuar. Habíamos descubierto que de eso se trataba ser dirigidas por Alberto Ure.

Cristina Banegas & Adriana Genta

ACERCA DE TRADUCIR ANTÍGONA

Mandarse a hacer una tragedia griega no es simplemente elegir un texto para representar, armar un elenco y probar suerte: es meterse en un túnel porque ya no queda otra posibilidad de supervivencia en la superficie. Un túnel con múltiples combinaciones y niveles, construido para gigantes y no un laberinto que se regodea en desorientar a quienes lo recorren y trata de encerrarlos para siempre; un túnel que en cada una de sus salidas mostrará a los que lo atravesaron azorados una nueva constelación del teatro, el nuevo orden de su cielo.

Si bien con todo lo que se hace algo se aprende, y a veces lo único que se comprueba es que uno está más cansado, más viejo y más zonzó, con estos textos fundadores es imposible no arrebatar de la monótona materia teatral algo diferente, como si se llegara a un manantial de sentido. Y desde allí, el teatro se dice con qué cuenta, qué se propone y qué futuro tiene, con independencia de lo que digan los críticos, los espectadores, los actores y sus familiares, y hasta los reclamos voraces de las modas.

La presente traducción ha seguido el texto griego fijado por Sir Richard Jebb (Cambridge University Press, 1900) y consultado numerosas traducciones a idiomas contemporáneos. Siguiendo la idea de Hölderlin, los nombres de los dioses se han reemplazado por su función. También se han eliminado versos de los coros, casi exclusivamente aquellos en los que se detallan incidentes mitológicos.

Alberto Ure

ANTÍGONA

DE SÓFOCLES

TRADUCCIÓN & VERSIÓN
DE ELISA CARNELLI & ALBERTO URE

ANTÍGONA: Querida Ismene, hermana mía, de mi propia sangre... ¿sabes si hay un mal entre los que nuestro padre Edipo nos legó que el rey de los cielos no vaya a ejecutar mientras estemos vivas?

Porque no hay sufrimiento, ni maldición, ni vergüenza, ni deshonor que no haya visto yo entre tus males y los míos.

Y ahora, ¿qué es este nuevo decreto que, según dicen, el General ha impuesto al pueblo? ¿Sabes algo de eso? ¿Qué has oído?

¿O no ves, se te oculta que nuestros seres queridos, los nuestros, serán tratados como si fueran enemigos?

ISMENE: A mí, Antígona, ninguna noticia de los nuestros me ha llegado. No sé de nada grato ni doloroso desde que nosotras, dos hermanas, en un mismo día perdimos a nuestros dos hermanos, muerto cada uno a manos del otro en un golpe simultáneo. Y desde que una noche se retiró el ejército enemigo no supe nada más, así que no soy más feliz o desdichada.

ANTÍGONA: Estaba segura. Por eso te saqué del palacio, para que pudieras escucharme a solas.

ISMENE: ¿Qué pasa? Es evidente que estás cavilando algo.

ANTÍGONA: Pero, ¿no es verdad que Creón ha otorgado los honores de la sepultura a uno de nuestros hermanos, mientras que al otro se los niega y lo deshonor?

A Etéocles, según dicen, respetando la justicia y las costumbres, lo sepultó con las ceremonias que le darán honra entre los muertos de allá abajo.

Pero al desdichado cuerpo de Polynices, dicen que ordenó que nadie lo entierre ni lo llore, que se lo deje sin sepultura y sin lágrimas, como un bien recibido manjar para las aves que lo acechan voraces.

Esas cosas dicen que ha ordenado el bueno de Creón para ti y para mí. Sí, para mí. Y que pronto vendrá para hacerlo saber con claridad a los que no lo sepan.

Y no toma el asunto a la ligera, porque si alguien lo desobedece morirá lapidado frente al pueblo.

Así son las cosas. Ahora podrás mostrar si eres bien nacida, o si eres la mala hija de una digna familia.

ISMENE: Mi pobre hermana... Si las cosas son así, ¿qué puedo hacer o deshacer yo?

ANTÍGONA: Decide si vas a colaborar conmigo, si vas a ayudarme.

ISMENE: ¿En qué aventura? ¿Qué propósito tienes?

ANTÍGONA: Decide si ayudarás a esta mano a levantar el cadáver.

ISMENE: ¿Cómo? ¿Lo enterrarás aunque esté prohibido?

ANTÍGONA: Sí, al que es mi hermano y también el tuyo, aunque tú no lo quieras. A mí no se me podrá acusar de traicionarlo.

ISMENE: ¿A pesar de haberlo prohibido Creón?

ANTÍGONA: A él no le corresponde apartarme de los míos.

ISMENE: Piensa, hermana mía, cómo murió nuestro padre Edipo, odiado y despreciado, cuando después de descubrir él mismo sus propios crímenes se arrancó ambos ojos con su propia mano.

Su madre y su esposa, doble nombre, puso entonces fin a su vida con una trenzada soga. Y, por último, nuestros dos desdichados hermanos, en un mismo día, dándose mutuamente la muerte con sus manos, realizaron su destino común.

Y ahora, que nosotras hemos quedado solas, piensa que moriremos más miserablemente que todos los demás si violamos la ley y desafiamos la autoridad del General.

Tampoco debemos olvidar que hemos nacido mujeres, y que por eso no es natural que luchemos contra los hombres. Nos gobiernan los que son más fuertes, y es preciso que les obedezcamos en estas cosas y en otras más dolorosas.

Yo les pido a los que están bajo tierra que me perdonen, porque esto se me impone por la fuerza. Pero obedeceré a los que se mueven en el poder. Ir demasiado lejos no tiene ningún sentido.

ANTÍGONA: Yo no te exigiría y tampoco recibiría tu ayuda con gusto si después quisieras colaborar. Sé como quieras. Yo lo sepultaré. Y sería bueno para mí morir por enterrarlo. Yaceré junto a él, amada junto al amado, y mi crimen será devoción.

Debo servir más a los muertos que a los vivos, porque con ellos yo viviré para siempre.

Pero tú, si quieres, deshonor lo que los dioses mandan honrar.

ISMENE: Yo no hago nada deshonesto. Pero soy incapaz de obrar contra la voluntad de los ciudadanos.

ANTÍGONA: Puedes poner pretextos, que yo voy a levantar una tumba para el hermano que quiero.

ISMENE: ¡Infeliz! ¡Cuánto temo por ti!

ANTÍGONA: No tengas miedo por mí. Corrige el rumbo de tu destino.

ISMENE: Por lo menos, no reveles este plan a nadie, guárdalo en secreto. Eso haré yo.

ANTÍGONA: ¡Denúncialo! ¡Mucho más odiosa me serás por tu silencio que si proclamas a todos lo que voy a hacer!

ISMENE: Tienes un corazón ardiente en asuntos que hielan de espanto.

ANTÍGONA: Yo sé que agrado a los que más debo agradar.

ISMENE: Sí, si pudieras. Pero tú deseas lo que no se puede.

ANTÍGONA: Habré terminado cuando se acaben mis fuerzas.

ISMENE: No es lo mejor perseguir lo imposible.

ANTÍGONA: Sigue hablando así, que tendrás mi odio y serás odiada por el muerto con justicia. Deja que yo y mi locura suframos algo tan terrible. No resistiría morir de una manera indigna.

ISMENE: Ve, entonces, si te parece. Estate segura de que actúas como una loca, pero serás amada con razón por tus seres queridos.

CORIFEIO: Aquí está Creón, nuevo Jefe de esta tierra a causa de los acontecimientos que dispusieron los dioses. ¿Qué proyectos estará considerando para haber convocado a esta Asamblea General?

CREÓN: Ciudadanos:

Por fin los dioses han devuelto el buen rumbo a nuestra patria, después de haberla sacudido con una fuerte tempestad. Yo dispuse que mis delegados convocaran esta concentración, porque sé que ustedes siempre respetaron el poder y el trono de Layo, como también después el de Edipo. Cuando murió Edipo, permanecieron junto a sus hijos con firme lealtad. Ahora que estos, por doble fatali-

dad, han muerto en un mismo día, hiriéndose mutuamente con sus propias y contaminadas manos, yo quedo en el poder y en el trono, porque en la sangre soy el más próximo a los muertos.

Es imposible conocer el ánimo, los pensamientos y los sentimientos de nadie antes de que se revelen en la práctica del poder y en la aplicación de las leyes. Para mí, quien gobierna un Estado y no toma las mejores decisiones, sino que, por miedo, cierra su lengua, ese es el peor de los hombres. Lo he pensado siempre y lo pienso ahora. Y en cuanto al que estima a un pariente o a un amigo más que a su patria, ese es para mí menos que nada. Yo, por el contrario, juro que no me callaría al ver que un desastre amenaza el bienestar de los ciudadanos. Y no podría querer y representar a un enemigo de la patria. Porque la patria es la que protege nuestra propia vida, y solo cuando navegamos sobre una tierra próspera ganamos los verdaderos afectos.

Con estos principios forjaré la grandeza del país.

Y para ser fiel a esas intenciones he proclamado lo que corresponde a los hijos de Edipo.

A Etéocles, que murió peleando por nuestra patria después de hacer prodigios con su lanza, ordeno que se lo entierre con las ceremonias que acompañan a los nuestros virtuosos al mundo de abajo.

Pero a su hermano, a Polynices, que volvió del exilio para arrasar la tierra de sus padres y los dioses de su raza, a ese que quería beberse la propia sangre de los suyos y sacarnos de aquí como esclavos, a ese he prohibido que se lo honre con una sepultura y se lo llore.

Que se lo deje insepulto, para que todos vean el ultraje de su cuerpo devorado por las aves y los perros.

Esta es mi decisión, porque jamás tendrán de mí los malvados el honor que se debe a los justos.

Y, al contrario, los bienhechores de la patria, esos serán honrados por mí en la vida y en la muerte.

CORIFEO: Tú decides cómo deben ser tratados los amigos y los enemigos del país. A ti, Creón, te está permitido servirte de cualquier ley con los vivos y los muertos.

CREÓN: Ahora hay que vigilar el cumplimiento de mis órdenes. Ya están dispuestos los guardianes del muerto.

CORIFEO: ¿Qué otras cosas quieres ordenar?

CREÓN: Ser inflexibles con quienes desobedezcan mis órdenes.

CORIFEO: Nadie es tan loco como para desear la muerte.

CREÓN: Y por cierto que ese sería el pago. Pero el afán de lucro pierde a los hombres.

GUARDIA: Señor, no puedo decir que llego sin aliento por el esfuerzo de mover el ágil pie, porque muchas veces en el camino me detuvieron mis pensamientos... y daba la vuelta para volver al lugar de donde había salido. Algo dentro de mí me decía muchas cosas: "Infeliz... ¿por qué vas adonde..."

Porque es dulce para uno verse libre de una desgracia, pero es doloroso llevar hacia lo malo a la gente que uno quiere. Pero a mí esto me importa menos que mi propia salvación.

CREÓN: A ti... Sí, a ti, la que agacha la cabeza hacia el suelo... ¿confiesas o niegas haber hecho estas cosas?

ANTÍGONA: Confieso que lo hice y no lo niego.

CREÓN: Ya puedes irte adonde quieras, sin que te pesen acusaciones. Y tú, respóndeme concretamente, sin vueltas: ¿sabías que estaba prohibido hacer lo que hiciste?

ANTÍGONA: Lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo? Era público.

CREÓN: ¿Y no obstante tuviste el atrevimiento de violar las leyes?

ANTÍGONA: No fue el rey del cielo quien me las impuso. Ni tampoco la justicia que vive con los dioses de los muertos, instauró esas leyes entre los hombres. Y yo nunca creí que tus decretos tuvieran tanta fuerza que dieran a un mortal el poder de pasar por encima de las leyes divinas, leyes no escritas, inmovibles. Y que no son de hoy ni de ayer, sino de siempre, y nadie sabe de dónde surgieron. No iba yo a buscar el castigo divino, violándolas por miedo a las órdenes de un hombre. Pero sabía que debía morir —¿cómo no saberlo?— y eso aunque no lo hubieras decretado tú. Si muero antes de tiempo es para mí una ganancia, porque quien vive entre desgracias como yo, considera a la muerte una ganancia. Por eso, a mí, esta suerte no me duele.

Pero sí me dolería dejar sin sepultura a un muerto nacido de mi misma madre. Ahora, en cambio, esto no me duele. Y si ahora te parezco loca por lo que hice, casi diría que es un loco el que me acusa de loca.

CORIFEO: Su carácter brutal muestra que nació de un padre brutal. No sabe ceder ante las desgracias.

CREÓN: Pero sabe que los caracteres demasiado inflexibles son los primero en caer. Podrás ver que hasta el hierro más fuerte, duro y templado por el fuego, frecuentemente se quiebra y se rompe en pedazos. Sé que los caballos salvajes se doman con un pequeño freno. Así que no es posible ser presuntuoso cuando se es esclavo. Esta sabía perfectamente que estaba obrando con insolencia cuando transgredía las leyes, y ahora muestra una segunda insolencia: se ufana y se alegra por lo que hizo.

Yo no sería un hombre, sino que el hombre sería ella, si esta victoria quedara impune.

Aunque ella sea la hija de mi hermana, más próxima a mi sangre que los que están conmigo bajo la protección de Dios, ella y su hermana no escapan al peor de los destinos. Porque culpo a la otra de idéntica participación en el entierro. ¡Llámenla ahora mismo! Recién la vi en el palacio, fuera de sí, no dueña de su mente. Algunas veces, la conciencia de los que maquinan sin escrúpulos en las sombras es lo primero que los denuncia. Pero detesto también a los que cuando son sorprendidos en algo malo tratan de embellecerlo.

ANTÍGONA: Ahora me tienen, ¿quieres algo más que mi muerte?

CREÓN: Nada más. Teniendo eso, tengo todo.

ANTÍGONA: ¿Qué esperas, entonces? Ninguna de tus palabras me es grata —¡ojalá nunca lo sean!— y las mías te son desagradables. Pero... ¿cómo habría alcanzado yo un nombre más glorioso que enterrando a mi hermano? Todos te dirían que les parece bien lo que hice, si el miedo no les atara las lenguas. Pero hacer y decir lo que se le antoja es el privilegio de que goza el que manda.

CREÓN: Tú eres la única que ve así las cosas.

ANTÍGONA: Muchos las ven como yo, pero cierran la boca en tu presencia.

CREÓN: ¿No te da vergüenza pensar distinto?

ANTÍGONA: Nada hay vergonzoso en honrar a los que han nacido de las mismas entrañas.

CREÓN: ¿No era también tu hermano el que murió enfrentándolo?

ANTÍGONA: De mi misma sangre. De padre y madre.

CREÓN: ¿Cómo es entonces que honras a uno haciéndote impía para el otro?

ANTÍGONA: No atestiguaría eso el que ha muerto.

CREÓN: Pero lo estás honrando igual que al impío.

ANTÍGONA: No era un esclavo. Era mi hermano el que murió.

CREÓN: ¿Y atacaba esta tierra? El otro, en cambio, cayó defendiéndola.

ANTÍGONA: La muerte desea estas leyes.

CREÓN: Pero el justo no desea recibir lo mismo que el malhechor.

ANTÍGONA: ¿Quién sabe lo que es santo allá abajo?

CREÓN: Al enemigo no se lo quiere, ni aun después de muerto.

ANTÍGONA: No nací para compartir el odio, sino el amor.

CREÓN: Muy bien. Ya que tienes que amar, ni bien llegues allá abajo, ámalos. Pero mientras yo viva, no mandará una mujer.

CORIFEO: Aquí está Ismene, bañada en llanto de amor fraternal. Una nube sobre sus cejas ensombrece su enrojecida cara, empapando sus plácidas mejillas.

CREÓN: ¡Tú, la que como una serpiente se deslizó en mi casa y escondida me chupaba la sangre! ¡No sabía que alimentaba dos plagas que se iban a levantar contra mi mando! Habla de una vez: ¿confiesas haber participado en el entierro o juras que nada sabías?

ISMENE: Si ella lo consiente, he cometido el hecho. Soy cómplice y compartiré con ella el castigo.

ANTÍGONA: La justicia no lo permitirá. No aprobaste la acción ni colaboraste conmigo.

ISMENE: Pero ante tus males, no me avergüenzo de compartir contigo la travesía de este sufrimiento.

ANTÍGONA: La muerte y los muertos son testigos de quién lo hizo. Y yo no amo a quien me ame sólo con palabras.

ISMENE: Por favor, hermana, ¡no me prives del honor de morir contigo y de honrar al muerto!

ANTÍGONA: No quieres morir conmigo, ni te apropias de lo que no hiciste. Será suficiente con que yo muera.

ISMENE: ¿Y cómo podré vivir sin ti?

ANTÍGONA: Pregúntaselo a Creón, ya que por él te preocupabas.

ISMENE: ¿Por qué me mortificas así?, ¿qué ganas con eso?

ANTÍGONA: Si me burlo, es con dolor que me burlo te ti.

ISMENE: ¿En qué puedo serte útil?

ANTÍGONA: Sálvate. No me parece mal que te salves.

ISMENE: Infeliz de mí, ¿por qué no puedo compartir tu destino?

ANTÍGONA: Tú elegiste vivir y yo, morir.

ISMENE: Te di mis razones.

ANTÍGONA: Sí, a algunos les habrás parecido razonable, yo lo soy para otros.

ISMENE: Pero la falta es de las dos.

ANTÍGONA: Tranquilízate, tú estás viva. Yo, en cambio, hace tiempo que estoy muerta, para servir a los muertos.

CREÓN: ¡Estas muchachas! Una acaba de mostrar que es loca, la otra es loca desde que nació...

ISMENE: Los que son desgraciados no pueden ser sensatos,

General. Pierden hasta la cordura que traen al nacer.

CREÓN: En tu caso, seguro, porque has sido cómplice de criminales.

ISMENE: A mí sola, sin ella, ¿qué vida me queda?

CREÓN: No hables de ella, ya no vive.

ISMENE: ¿Matarás a la novia de tu hijo?

CREÓN: Él puede arar los campos de otra.

ISMENE: No con la armonía que reinaba entre ellos.

CREÓN: Yo abomino de las mujeres perversas para mis hijos.

ANTÍGONA: Querido Hemón, ¡cómo te deshonra tu padre!

CREÓN: Bastante me disgustan, tú y tu matrimonio.

CORIFEO: ¿Es cierto que vas a privar a tu hijo de Antígona?

CREÓN: Es la muerte quien romperá este compromiso en mi lugar.

CORIFEO: Su muerte está resuelta, me parece.

CREÓN: Eso que te parece, es lo que yo pienso. No más demoras. ¡Guardias, llévenlas adentro! De ahora en más, deben ser mujeres y no libres, porque hasta los más valientes huyen cuando la muerte se les acerca.

CORO: También yo soy arrastrado ahora fuera de estas leyes al ver esto, y no puedo contener el torrente de mis lágrimas cuando veo a Antígona encaminarse al lecho donde todo duerme.

ANTÍGONA: Ciudadanos de la tierra patria, ¡véanme recorrer el último camino y mirar el último rayo de sol! Y ya nunca más, porque la muerte, que a todos duerme, me lleva viva a las fronteras de su reino. No participé del himeneo ni jamás se cantó para mí un himno nupcial, sino que allá abajo celebraré mis bodas.

CORO: Famosa y con alabanzas te diriges hacia esa gruta de muertos, no presa de mortal enfermedad ni por el pago de las espadas, sino que tú, única entre los hombres, descendes viva a ese reino por propia voluntad.

ANTÍGONA: He oído de una reina extranjera que murió de manera desdichada. La cubrieron las rosas que crecieron a su alrededor como hiedras y, según cuentan los hombres, ella se consume sin que la abandonen las lluvias y la nieve. Dejo sus ojos, que no dejan de llorar, se mojan sus laderas. Como a ella, un dios me adormece.

CORO: Pero era una diosa hija de dioses, mientras que nosotros somos nacidos de mortales. Son embargo, para alguien que va a morir, es glorioso oír decir que su destino es igual al de los dioses en la vida y en la muerte.

ANTÍGONA: ¡Ay de mí, cómo te burlas! Por los dioses paternos, ¿por qué no me ultrajas cuando me haya ido en lugar de hacerlo en mi presencia? ¡Ay, patria! ¡Opulentos señores de mi país... ríos y bosques sagrados! ¡Tomo a ustedes por testigos de cuáles son las leyes que me encierran en una tumba inesperada, sin lamentos de los míos!

Desdichada de mí, que ni estoy entre ustedes ni entre los cadáveres, que no tengo un lugar donde estar viva o muerta.

CORO: Por ir hasta la máxima audacia te estrellaste contra el alto pedestal de la justicia. Estás pagando algo que hizo tu padre.

ANTÍGONA: Has nombrado la más dolorosa de mis penas, la célebre desgracia de mi padre y del destino de mi famosa estirpe, desgracias del lecho materno y de la unión incestuosa de mi padre y de mi madre, de la cual nací un día yo, tan desgraciada. ¡Ahora voy a vivir con ellos, soltera

y maldita! Ah, hermano, ¡qué desgraciadas bodas hiciste, que, muerto, me mataste a mí, que todavía vivía!

CORO: Tu veneración es solo una de las formas de la veneración. Pero de ningún modo se puede transgredir la autoridad de quien tiene el poder. Y lo que de ti salió te ha perdido.

ANTÍGONA: Sin llantos, mi amor, ni cantos nupciales recorro el camino dispuesto. Y no me será permitido, infeliz, ver el sagrado semblante de la luz. Y ninguno de los míos lamenta mi destino sin lágrimas.

CREÓN: ¿Es que no saben que, ante la muerte, nadie callaría sus alegrías y sus penas si tiene la oportunidad de contarlas? ¿Por qué no la llevan de una vez? Y después de enterrarla en la tumba excavada, como yo ordené, déjenla sola, para que muera enseguida o para que quede enterrada viva en esa morada. Con respecto a ella, yo quedo limpio, sin mancha, y ella dejará de vivir aquí arriba.

ANTÍGONA: ¡Ay, tumba y cámara nupcial, morada subterránea que me guardará para siempre, donde me reuniré con los míos! Son muchos ya los muertos de mi familia y yo bajo la última, de la peor manera, sin haber cumplido mi destino en la vida. Sin embargo, al irme, alimento grandes esperanzas de llegar querida para mi padre y querida también para ti, madre mía, y para ti, ¡querido hermano! Cuando ustedes murieron, yo los lavé con mis manos, arreglé los cuerpos y ejecuté los ritos en las tumbas. Y ahora, Polynices, esto se me paga por enterrar tu cuerpo. ¿Qué justicia de los dioses he desobedecido? ¿Por qué, desgraciada, tengo que mirarlos todavía? ¿A qué aliado puedo llamar, si por ser piadosa me gané la impiedad? Si esto es lo justo entre los dioses, después de sufrirlo reconoceré estar equivocada. Pero si son ellos los errados, ¡ojalá no

padezcan sufrimientos peores que los que a mí me infligen sin justicia!

CORIFEEO: De los mismos vientos son estas tempestades del alma que todavía la dominan.

CREÓN: Precisamente por eso van a llorar los que la llevan, si son tan lentos.

CORIFEEO: Esas palabras rondan demasiado cerca de la muerte.

CREÓN: No te alentaré a creer que esto no se cumplirá.

ANTÍGONA: ¡Ciudad paterna y dioses de mi raza! Soy arras-trada y ya no puedo demorarlo. ¡Miren a la única que queda de las hijas de los reyes, miren cómo sufro y a manos de quiénes por haber respetado la piedad!

CREÓN: Errores de las almas insensatas que con su rígida obstinación provocan la muerte... Ustedes son los espec-tadores de los que mataron y de los que murieron, todos de una misma sangre... ¡Ay de mí y de mis infelices de-cisiones! Hijo... tan joven, con una joven muerte... has muerto, te has ido, por mis locuras y no por las tuyas...

CORIFEEO: Qué tarde parece haber visto la justicia.

CREÓN: En la desgracia la he conocido. Fue un dios el que me hirió con fuerza en la cabeza, y me empujó por cami-nos crueles, derrumbando mi ya pisoteada alegría... tristes penas de los hombres...

GUARDIA: Señor, llegas como alguien que trae consigo la desgracia pero al que lo esperan más. Una la tienes en los brazos y las otras las verás en el palacio.

CREÓN: ¿Qué? ¿Hay todavía algo peor que esto?

GUARDIA: Tu mujer, la amante madre de este cadáver, ha muerto por las heridas que a sí misma se hizo.

CREÓN: Insaciable puerto de la muerte, ¿por qué me ani-quilas a mí, justamente a mí? ¿Qué dices, tú, mensajero de males, que has venido a traerme dolor? Estás matando a un hombre que ya estaba muerto... ¿Qué dices, muchacho, qué nueva desgracia me anuncias? ¿Que una muerte feme-nina y sangrienta se agrega a mi ruina?

CORIFEEO: Puedes verla, ya no está oculta.

CREÓN: Desdichado estoy viendo esta segunda desgracia. ¿Cuál, cuál es el destino que me espera todavía? Recién tengo a mi hijo en las manos y ya veo otro cadáver. ¡Ay, madre desdichada, ay, hijo!...

GUARDIA: Ella dejó caer sus párpados oscuros al pie del altar, hiriéndose con un filoso cuchillo. Pero antes se la-mentó por el glorioso destino de su otro hijo sacrificado para lograr la victoria, y también por este que aquí yace. Después te deseó toda clase de males a ti, el filicida.

CREÓN: ...Estoy espantado de terror... ¿Por qué alguien no se clava en el pecho una espada de doble filo? Desgraciado de mí... Me hundo en el dolor...

GUARDIA: Mientras moría, ella te acusaba de ser culpable de esta y aquella muerte.

CREÓN: ¿Cómo abandonó con violencia esta vida?

GUARDIA: Cuando supo el doloroso padecimiento de su hijo, ella, con su propia mano, se hirió bajo el hígado.

CREÓN: Esto jamás recaerá sobre otro hombre... Es solo culpa mía... Yo te he matado, yo, desgraciado de mí. Esa es la verdad. Vamos, sáquenme cuanto antes, ay, llévenme lejos, a mí, que no soy más que nada.

CORIFEEO: Buscas ventajas, si es que hay alguna ventaja en la desgracia. Los males que están cerca, cuanto más rápido se sufren, mejor.

CREÓN: Que llegue y se haga ver la más bella de las muertes... que llegue trayendo el día final, el último: que llegue y yo no vea otro día...

CORIFEO: Esas cosas son lo que será, pero ahora hay que hacer algo con lo que tenemos delante. De aquellas se preocupan los que deben preocuparse.

CREÓN: Sólo pido lo que deseo.

CORIFEO: Ahora no pidas nada. Cuando el destino es la desgracia, no hay liberación posible para los mortales.

CREÓN: Llévense bien lejos a este malvado, que a ti, hijo, sin quererlo te dio la muerte; y a ti, su madre, también... No sé a cuál de los dos mirar, hacia qué lado volverme... He perdido todo lo que tenía en mis manos y sobre mi cabeza cae un destino insoportable.

CORIFEO: La sensatez es la primera condición de felicidad y hay que ser siempre piadoso con los dioses. Las palabras arrogantes vuelven como golpes contra los jactanciosos, para enseñarles a ser sensatos en la vejez.

Serás castigado apenas llegues? ¿Otra vez te detienes, desgraciado? Y si Creón se entera de esto por otro, ¿no la pagarás tú? Revolviendo estas ideas en mi mente, venía lento, con el paso pesado, y así el camino más corto se hace largo. Al fin y a pesar de todo, se me impuso venir a tu lado, y aunque no diga nada lo mismo hablaré. Me aferro a la esperanza de no tener otra suerte que la que me toque.

CREÓN: ¿Por qué? ¿De dónde te viene este desánimo?

GUARDIA: Primero, quiero hablar de mí. Yo no lo hice ni vi quién lo hizo, así que no sería justo que yo cayera en desgracia.

CREÓN: Estás afinando bien la puntería y rodeando de defensas el asunto. Es evidente que vas a darme alguna noticia.

GUARDIA: Es que lo terrible hace dudar.

CREÓN: ¿Por qué no hablas de una vez y te vas enseguida?

GUARDIA: Te lo digo: alguien acaba de enterrar el cadáver. Derramó polvo seco sobre el muerto, cumplió los ritos que debía y después se fue.

CREÓN: ¿Qué dices? ¿Qué hombre se atrevió a eso?

GUARDIA: No lo sé. Ahí no había marcas de pala ni tierra cavada por la azada. El suelo estaba duro y seco, sin hendiduras, y no había surcos de ruedas de carro. El que lo hizo no dejó indicios. Cuando el primer centinela del día vino con la noticia, a todos nos confundió una desagradable sorpresa. El cuerpo no estaba enterrado sino cubierto de un polvo fino, como si se hubiera querido evitar la impureza. Tampoco había huellas de alguna fiera o un perro que hubiera venido para desgarrarlo. Rugieron entonces los insultos de unos contra otros, guardián culpando a guardián, y se habría producido finalmente una pelea, ya que no había nadie que pudiese impedirla. Cada uno era para el otro el culpable, nadie probaba nada y todos negaban saber algo. Estábamos dispuestos a sostener en las manos hierro al rojo, a arrastrarnos sobre el fuego y a jurar por los dioses no haberlo hecho ni ser cómplices de quien había planeado la acción ni de quien la había cumplido. Al fin, cuando nada conseguíamos con la investigación, habló uno de los que nos hizo inclinar la cabeza hacia el suelo con temor. No sabíamos qué contestarle ni cómo hacer bien lo que decía. Dijo que había que comunicarte este hecho y que no había que ocultártelo. Esta opinión se impuso y un sorteo me condenó a esta linda comisión. Y aquí estoy, mal que pese, ante quienes no querían ni verme, ya lo sé, porque nadie quiere a un mensajero de malas noticias.

CORIFEO: Señor, hace un rato que mi pensamiento me dice que esto podría ser obra de los dioses.

CREÓN: Deja de hablar antes de que tus palabras hagan desbordar mi ira. Es intolerable oír decir que los dioses se preocupan por ese cadáver. ¿Será para honrarlo como a un benefactor que lo enterraron, a eso, que vino a incendiar los templos rodeados de columnas y a devastar a su patria y sus leyes? ¿Es que los dioses honran a los malvados? No es posible. Lo que pasa es que algunos hombres de la ciudad desde antes soportan de mala gana mis órdenes y murmuran contra mí, sacudiendo la cabeza a escondidas, y no sostienen la cerviz bajo el yugo como deben hacer para complacerme. Son esos los que han sobornado a los centinelas para inducirlos a cometer este acto. El dinero es lo más perverso que ha inventado el hombre. El dinero saquea los estados y arranca a los hombres de sus hogares. Seduce a los pensamientos nobles y los desvía para convertirlos en acciones vergonzosas. El dinero enseñó a los hombres a ser inescrupulosos y a probar todas las impiedades. Pero todos los que se dejan corromper, con el tiempo tienen su castigo. ¡Como que todavía venero al Rey del Cielo, y lo digo bajo juramento, si no encuentran al que con sus manos ejecutó ese entierro y lo traen aquí, ante mis ojos, la muerte no será bastante para ustedes! Serán colgados vivos como ejemplo de su insolencia, así sabrán de qué manos hay que recibir la recompensa en el futuro y que no hay que buscar ganancias en cualquier parte. Podrán comprobar que por las ganancias vergonzosas son más los que se pierden que los que se salvan.

GUARDIA: ¿Puedo decir algo, o me doy vuelta y me voy?

CREÓN: ¿No te das cuenta de que tus palabras me molestan?

GUARDIA: ¿Te sientes herido en los oídos o en el alma?

CREÓN: ¿Por qué te importa el lugar de mi dolor?

GUARDIA: El criminal te hiere el alma, yo los oídos.

CREÓN: Evidentemente eres un charlatán.

GUARDIA: Pero no el autor del hecho.

CREÓN: Sí, y además has traicionado a tu alma por dinero.

GUARDIA: ¡Qué terrible es que quien sospecha, sospeche falsedades!

CREÓN: Sigues haciéndote el gracioso con mis sospechas. Que si no presentas ante mí a los autores del hecho, proclamarás que las ganancias ilícitas causan sufrimiento.

GUARDIA: Ante todo, que lo descubran. La suerte decidirá si lo encuentran o no, pero lo que es yo, por aquí no vuelvo. Ahora que, contra lo que esperaba, me veo sano y salvo, debo a los dioses una gratitud enorme.

CORIFEO: Veo un prodigio divino que me deja estupefacto... ¿Cómo puedo negar que es Antígona si la estoy viendo? ¡Desventurada hija del desventurado Edipo! ¿Qué pasa? ¿No será que te traen por haber obedecido las órdenes del comandante y te han descubierto haciendo una locura?

GUARDIA: Aquí está. Ella fue la que lo hizo. La agarramos mientras lo enterraba. Pero... ¿dónde está Creón?

CORIFEO: Aquí vuelve del palacio.

CREÓN: ¿Qué pasa? ¿Para qué novedad llego tan justo?

GUARDIA: No hay nada que un hombre pueda jurar, porque siempre hay una nueva reflexión que desmiente lo que se propuso. Yo habría asegurado que pasaría mucho tiempo sin volver acá, después de las amenazas con que me habías aterrorizado. Pero como no hay alegría mayor que la que no se espera, aquí vuelvo, aunque juré lo contrario, y traigo a esta mujer, que fue apresada mientras honraba la tumba. Esta vez no hubo sorteo: la presa es mía y de nadie más.

Así que ahora, General, con la muchacha en tus manos, como querías, interroga y pregunta. Es justo que yo me libere de estos males.

CREÓN: A esta que traes, ¿dónde y cómo la apresaste?

GUARDIA: Estaba enterrando al hombre. Con eso ya sabes todo.

CREÓN: ¿Comprendes lo que dices? ¿Dices la verdad?

GUARDIA: Yo la vi enterrando al muerto que tú prohibiste.

¿Lo que digo no es claro y preciso?

CREÓN: ¿Cómo la viste? ¿Cómo la sorprendiste?

GUARDIA: La cosa fue así: cuando llegamos, después de tus terribles amenazas, barrimos todo el polvo que cubría el cadáver y dejamos desnudo el cuerpo, que ya se estaba pudriendo. Entonces no sentamos en lo alto de las rocas, de espaldas al viento para que no nos llegara el mal olor. Cada uno mantenía despierto a su compañero con insultos, si veía que aflojaba la vigilancia. Así pasaba el tiempo, hasta que el disco resplandeciente del sol se clavó en la mitad del cielo y el calor quemaba.

De repente, un torbellino de polvo se levantó de la tierra como un huracán y cubrió la llanura, como una calamidad celeste que arrancaba el follaje de los árboles y oscurecía el cielo inmenso. Con los ojos cerrados soportamos este castigo de los dioses. Después de un largo rato se aplacó y entonces vimos a esta mujer, que lanzaba agudos y amargos lamentos, como el pájaro que ve despojado de sus hijos el nido vacío.

Así también ella se lamenta al ver el cadáver desnudo y maldice violentamente a los que han hecho eso. Toma con sus propias manos polvo seco y con un vaso de bronce bien forjado comienza las libaciones sobre el cadáver. En

cuanto la vimos, nos tiramos sobre ella y la cazamos. Pero ella ni siquiera se perturbó. La interrogamos sobre lo que había pasado antes y sobre lo que acababa de hacer y no negaba nada. Para mí, esto es grato y penoso al mismo tiempo.

CORIFEO: Aquí se acerca Hemón, el más joven de tus hijos. ¿Acaso vendrá angustiado por la suerte de su novia Antígona, lleno de dolor por la frustración de su boda?

CREÓN: Pronto lo sabremos mejor que los adivinos. Hijo mío, espero que no vengas enojado con tu padre por la sentencia irrevocable que pesa sobre tu novia. ¿No es cierto que me sigues queriendo haga lo que haga?

HEMÓN: Padre, yo soy tuyo. Tú me diriges con los mejores consejos y yo obedezco, porque ningún casamiento es para mí más importante que tu noble guía.

CREÓN: Así tienes que disponer tu corazón, hijo mío. Los criterios del padre deben anteponerse ante todo. Por eso los hombres desean engendrar hijos sumisos en sus hogares: para que al enemigo devuelvan males y honren al amigo igual que al padre. Si, en cambio, se engendran hijos inútiles, ¿no dirías que son penas para uno mismo y motivo de burlas para los enemigos? Por lo tanto, no pierdas ahora la razón por el placer que da una mujer. Sabe que una mala esposa como compañera de lecho es un frío abrazo en el hogar.

¿Qué llaga mayor puede haber que amar a una malvada? Escupe a esa muchacha como a un enemigo, y deja que se case con quien quiera en los dominios de la muerte. Ella es la única en toda la ciudad a quien sorprendí en abierta desobediencia, y no voy a presentarme ante el pueblo como un mentiroso. La mataré. ¡Que invoque al dios protector de la familia! Si voy a tolerar que los míos alteren el orden,

¿qué no harán los extraños? Quien es honesto en su casa, también será justo en lo político. En cambio, el que se excede y transgrede las leyes, el que quiere dar órdenes a los que tienen el poder, ese seguro que no será elogiado por mí. Al que es designado por el pueblo como autoridad se lo debe obedecer hasta en las pequeñas cosas, en lo que es justo y en lo que no lo es. Yo estaría seguro de que un hombre así gobierna bien y está dispuesto a ser bien gobernado, que en el fragor de la batalla permanecerá en su puesto, como un leal y valiente soldado. No hay un mal mayor que la anarquía. Arruina los estados y deshacer las familias. Y en el combate disgrega a los ejércitos aliados. La obediencia, en cambio, salva muchas vidas entre los que mantienen el orden. Por eso hay que defender lo que ha sido dispuesto y no ser nunca menos que una mujer.

CORIFEO: Si no me equivoco, lo que estás diciendo es razonable.

HEMÓN: Padre, los dioses han puesto en los hombres el pensamiento, que es el mayor de los bienes. Yo no podría decir que estás equivocado y ojalá nunca sea capaz de decirlo. Pero otro hombre también puede tener razón. En cualquier caso, es a mí al que le corresponde considerar en tu nombre lo que alguien pueda decir, hacer o criticar. Tu rostro es temible para el hombre del pueblo, que calla lo que a ti no te gustaría escuchar. Pero yo, en la oscuridad, puedo oír esas palabras, con las que el pueblo se lamenta por esta muchacha. Dicen que se consume como la más indigna de todas las mujeres por haber hecho lo más glorioso, por no permitir que su propio hermano, caído en lucha sangrienta, fuera devorado por perros carniceros y aves de rapiña. ¿No es digna ella de una dorada gloria? Este rumor ya se difunde en tenebroso silencio. Para mí, padre, no hay

mayor honra que tu bienestar. ¿Qué gloria mayor hay para los hijos que el buen nombre del padre, y para el padre el de sus hijos? No tengas en tu una sola manera de pensar, confiando en que lo que tú dices es lo único correcto.

Los que creen que solo ellos son sensatos, o que tienen una lengua o una mente como ningunas, esos se ven a sí mismos vacíos al ser descubiertos. No es vergonzoso que un hombre, aunque sea un sabio, aprenda más y no sea obcecado. Junto al curso de los torrentes puedes ver que los árboles que ceden conservan sus ramas, mientras que los que resisten son arrancados de raíz. De la misma manera, el que tensa con fuerza las cuerdas de una nave sin aflojarlas nunca, la hace volcar y sigue navegando cabeza abajo. Así que cede en tu enojo y cambia tu ánimo. Y si quieres escuchar un consejo, aunque venga de un joven, yo te digo que importa mucho que el hombre sepa todo lo que puede saberse. Pero si no sabe todo, y así suele ser, también es bueno que aprenda de los que hablan con razón.

CORIFEO: Señor, te conviene aprender de tu hijo, si dice algo oportuno, y a ti de él. Ambos han hablado bien.

CREÓN: ¿Así que los de mi edad vamos a aprender a ser razonables de los jóvenes de esta edad?

HEMÓN: No lo que no es justo. Yo soy joven, pero no hay que atender a la edad, sino a los hechos.

CREÓN: ¿Te refieres al hecho de honrar a los que se rebelan contra el orden?

HEMÓN: No sería yo el que te pidiera honrar a los malvados.

CREÓN: ¿Y acaso ella no está contagiada de esa peste?

HEMÓN: El pueblo dice que no.

CREÓN: ¿Y el pueblo me va a dictar lo que debo hacer?

HEMÓN: ¿No te das cuenta de que eres tú el que habla como un chico?

CREÓN: ¿Es que debo gobernar este país según los criterios de otro y no los míos?

HEMÓN: No es un país la tierra que es de un solo hombre.

CREÓN: ¿No se considera que el país es del gobernante?

HEMÓN: Bien gobernarías tú solo una tierra desierta.

CREÓN: Me parece que este muchacho es el defensor de la mujer.

HEMÓN: Sí, si tú eres mujer, porque estoy interesado en ti.

CREÓN: ¡Mal hijo! Estás enjuiciando a tu padre.

HEMÓN: Es que te veo equivocado y procediendo injustamente.

CREÓN: ¿Me equivoco al hacer respetar mi autoridad?

HEMÓN: No la haces respetar pisoteando las honras debidas a los dioses.

CREÓN: Estás sometido a una mujer, infame.

HEMÓN: Pero no me encontrarás cediendo a lo que avergüenza.

CREÓN: Todo lo que estás diciendo es para defenderla a ella.

HEMÓN: Y a ti, a mí y a los dioses de la muerte.

CREÓN: Es imposible que te cases con ella mientras viva.

HEMÓN: Entonces ella morirá, y con su muerte matará a otro.

CREÓN: ¿Es que me haces frente con amenazas, atrevido?

HEMÓN: ¿Cómo se podría amenazar a un entendimiento vacío?

CREÓN: Llorando me enseñarás a ser razonable, porque eres tú quien está vacío de razón.

HEMÓN: Si no fueras mi padre, diría que estás loco.

CREÓN: No me aburras con tu charla, tú, esclavo de una mujer.

HEMÓN: ¿Te gusta hablar y no escuchar nada?

CREÓN: ¿En serio? Pero, por el cielo, ¡entérate que no me agraviarás impunemente con tus insultos! Traigan a esa que odio para que muera ahora mismo, cerca de su novio, frente a sus ojos.

HEMÓN: No, no cerca de mí, ni lo pienses. No morirá aquí, y tú jamás volverás a ver mi rostro con tus ojos. Que se queden con tu locura los amigos que quieran acompañarte.

CORIFEO: Se marcha, señor, impulsado por la furia. Un corazón joven que sufre, es temible.

CREÓN: ¡Que haga lo que quiera! Que siga buscando más de lo que corresponde a los hombres, ¡pero a esas dos no las salvará de la muerte!

CORIFEO: ¿Piensas matar a las dos?

CREÓN: Bien dices: no a la que no participó.

CORIFEO: ¿Y con qué muerte has decidido matarla?

CREÓN: La llevaré adonde no hay huellas humanas, y la encerraré viva en una caverna de piedra, dejándole algo de comida, lo justo, para evitar la mancha de un crimen y la contaminación de un país. Que allí le ruegue al único dios que venera, a la muerte, a ver si consigue no morir. O que, al fin, comprenda que su veneración a la muerte es un trabajo inútil.

TIRESIAS: Señores de la ciudad, hemos venido por el mismo camino dos que ven por uno. Así andan los ciegos, ayudados por su guía.

CREÓN: ¿Qué noticias hay, viejo Tiresias?

TIRESIAS: Yo te enseñaré. Tú, obedece al adivino.

CREÓN: Hasta ahora, por lo menos, no me he apartado de tu consejo.

TIRESIAS: Y por eso manejas el timón del Estado por el recto camino.

CREÓN: Puedo testimoniar que me he beneficiado.

TIRESIAS: Entonces date cuenta de que ahora estás en el filo de la suerte.

CREÓN: ¿Qué pasa? ¡Me estremezco por tu boca!

TIRESIAS: Lo sabrás si escuchas los signos de mi arte. Cuando estaba sentado en el antiguo banco de los adivinos, allí donde se reúne toda clase de pájaros, escuché un canto desconocido de las aves, que sonaba con una furia indescifrable y funesta. Advertí que se estaban despedazando unas a otras con garras asesinas, porque el alboroto de las alas no me fue incomprensible. Con temor, al momento ensayé sacrificios en los altares cubiertos de hogueras. Pero de las ofrendas no surgían llamas, sino que la grasa de los muslos se consumía, chorreando sobre las cenizas, salpicando y humeando. La bilis se esparcía en el aire y los muslos, goteando, perdían la grasa que los cubría. Por este muchacho supe estas cosas: negados presagios de misterios sin signos. Él es mi guía y yo lo soy de los demás.

El país sufre estas cosas por tu decisión. Los altares de nuestra ciudad y los de cada hogar están contaminados por los pedazos que arrancaron los perros y las aves al infeliz hijo muerto de Edipo. Por eso los dioses no aceptan nuestras súplicas en los sacrificios, ni las llamas brotan de los muslos de las ofrendas, ni lanza gritos favorables el ave que ha devorado la grasa sangrienta de un hombre asesinado. Piensa esto con sensatez, hijo, ya que el equivocarse es

común a todos los hombres. Pero, habiendo errado, no es varón irreflexivo ni desdichado aquel que, caído en el mal, lo remedia y no se muestra inflexible. La obstinación corre el riesgo de caer en la insensatez.

Cede con el muerto y no fustigues más a un difunto. ¿Qué demostración de fuerza es matar de nuevo al que está muerto? Esto que pienso, te lo digo por tu bien. Y es grato aprender de quien da buenos consejos, si lo que dice son ganancias.

CREÓN: Como arqueros contra el blanco, todos ustedes disparan sus flechas contra mí. ¡Y ni siquiera estoy a salvo de la videncia!

¡Desde hace rato soy vendido y entregado por la raza de los adivinos! Hagan los negocios que quieran, compren el ámbar y el oro, que no conseguirán enterrar a ese, ni aunque las águilas de Dios quisieran arrebatarlo como presa para llevarlo a su trono. No por miedo a la impureza dejaré que lo entierren.

Sé muy bien que ningún hombre puede manchar a los dioses, pero hasta los más hábiles tienen caídas vergonzosas, viejo Tiresias, cuando por una ganancia adornan razones vergonzosas.

TIRESIAS: Acaso alguno de los hombres sabe, acaso se figura...

CREÓN: ¿Qué cosa? ¿Qué verdad general vas a denunciar?

TIRESIAS: ...¿Cuánto más valiosa es la prudencia que las riquezas?

CREÓN: Tanto como la insensatez es el mayor perjuicio, me parece.

TIRESIAS: Sin embargo, tú estás lleno de esa enfermedad.

CREÓN: No quiero contestar mal al adivino.

TIRESIAS: Lo estás haciendo, al decir que vaticino en falso.

CREÓN: Toda la raza de los adivinos es amante del dinero.

TIRESIAS: Y la que nace del poder, de las ganancias deshonestas.

CREÓN: ¿Sabes que estás hablando del que manda?

TIRESIAS: Lo sé. Por mí has salvado a este país.

CREÓN: Eres un adivino sabio, pero amas la injusticia.

TIRESIAS: Me obligarás a decir lo que debería quedar dentro de mí.

CREÓN: Sácalo, si es que no hablas por dinero.

TIRESIAS: Tal como están las cosas, voy a hablar sobre tu suerte sin ningún otro interés.

CREÓN: Entérate de que no comprarás mi decisión.

TIRESIAS: Pero tú entérate también de que no has de sobrevivir a muchas de las rápidas vueltas del sol sin que hayas dado en pago por los muertos a un muerto nacido de tus entrañas, por haber enviado allá abajo a uno de los de arriba.

¡Tú encerraste infamemente a un alma viva en una tumba, y retienes aquí, sin el destino que le corresponde, sin honores, insepulto, profanado, a un muerto que pertenece a los dioses de la muerte!

Sobre estas cosas, ni tú, ni los dioses del cielo, a los que estás violentando, tienen derecho. Por eso las infaustas vengadoras de los muertos y de los dioses te acechan para someterte a las mismas desgracias. Piensa si digo esto por el soborno.

Pronto habrá en tu casa lamentos de hombres y mujeres. Estarán unidos contra ti, en una alianza de rencor, todas las ciudades cuyos cadáveres fueran despedazados por perros,

fieras o aladas aves, que llevaron el hedor impuro hasta la ciudad que alberga sus altares.

Estas son las certeras flechas que, como un arquero, dispararé contra ti, irritado en mi ánimo, cuyo furor no podrás evitar.

Vamos, muchacho, llévame a casa, para que esta dispare su cólera contra los más jóvenes, y aprenda a mantener la lengua más tranquila, y en su pecho un corazón mejor que el que ahora tiene.

CORIFEO: El adivino se ha ido, señor, después de predecir cosas terribles. Y sé que jamás nos anunció una mentira.

CREÓN: Bien lo sé yo, y mi ánimo se estremece. Ceder es terrible... pero castigar a mi corazón con la desgracia por oponerse, también es terrible.

CORIFEO: Debes tomar una buena decisión.

CREÓN: ¿Qué debo hacer? Dime, yo te obedeceré.

CORIFEO: Ve y saca a la muchacha de su morada subterránea. Y levanta una tumba para el muerto.

CREÓN: ¿Eso me aconsejas? ¿Te parece bien que ceda?

CORIFEO: Sí, ¡y cuanto antes! El castigo que los dioses envían a los insensatos le corta el camino con pie ligero.

CREÓN: ¡Ay!... de mala gana renuncio a mis entrañables decisiones... pero no se puede luchar contra lo que está dispuesto.

CORIFEO: Ve ahora mismo y hazlo. No lo pongas en otras manos.

CREÓN: Iré así como estoy. Vamos, vamos, los que están y los que no están, con las hachas en las manos todos hacia ese lugar que desde aquí se ve. Y yo, como cambié de idea sobre ella, así como la encarcelé, estaré presente en

su liberación. Temo que lo mejor sea llegar al fin de la vida respetando las leyes establecidas por los dioses.

GUARDIA: Vecinos: no hay vida humana que por su estabilidad pueda elogiarse o censurarse jamás. Siempre es la suerte la que favorece y siempre es la suerte la que humilla al afortunado y al desventurado. Y nadie es adivino de lo que está reservado a los mortales.

Para mí, Creón fue alguna vez un hombre envidiable. Salvó a esta tierra de sus enemigos y al tener el poder absoluto del país lo engrandeció, e hizo florecer la noble semilla de sus hijos. Pero ahora todo se ha perdido. Porque cuando los hombres pierden la felicidad y el placer, ya no pueden considerarse seres vivientes sino cadáveres que respiran.

Vive, si quieres, en la riqueza y la abundancia. Vive con la pompa de un rey. Que si allí falta el placer, todo lo demás no se lo compraría yo a nadie no por el precio de una sombra de humo.

CORIFEO: ¿Qué desgracia para nuestros reyes vienes a anunciar esta vez?

GUARDIA: Que han muerto. Y los vivos son los culpables de la muerte.

CORIFEO: ¿Quién es el asesino? ¿Quién es el muerto? Habla.

GUARDIA: Hemón ha muerto. Su propia sangre lo ha matado.

CORIFEO: ¿Cómo? ¿Fue obra de su padre o de algún otro pariente?

GUARDIA: Él mismo, solo, se mató, furioso por el crimen de su padre.

CORIFEO: ¡Ay, adivino! ¡Cómo acertaste con tus palabras!

GUARDIA: Así son las cosas. Ahora hay que pensar en lo que falta.

CORIFEO: Aquí llega la desventurada Eurídice, la esposa de Creón. ¿Habrá oído lo de su hijo desde el palacio, o viene por casualidad?

EURÍDICE: Ciudadanos todos... Oí lo que decían cuando salía a rezar mis plegarias. Tiraba del cerrojo de la puerta para abrirla, cuando oigo el rumor de una desgracia familiar. Llena de espanto caigo de espaldas en brazos de mis acompañantes y me desmayo. Pero, cualquiera sea la noticia, repítanla. Yo, que sé lo que es sufrir, la escucharé.

GUARDIA: Yo, querida señora, fui testigo y hablaré sin ocultar nada de la verdad. ¡Para qué aliviarte con palabras si luego apareceré como un mentiroso! La verdad es siempre lo mejor. Yo guiaba a tu marido hacia el borde de la llanura, donde yacía el cuerpo de Polynices, despedazados por los perros, sin compasión todavía. Lo lavamos con agua purificada, suplicando a los dioses de la muerte que, benévolos, contuvieran su cólera, quemamos sus restos con ramas recién cortadas y lo cubrimos todo con la tierra materna.

Después fuimos hacia la caverna de piedra, cámara nupcial de la muchacha para sus bodas con la muerte. En ese momento, uno de nosotros oye a lo lejos agudos gemidos de voz humana que vienen de ese lecho nupcial sin ritos fúnebres, y se lo indica a Creón. Ni bien este se acerca, lo rodean confusos gritos de funesta voz y, entre lamentos, deja escapar estas desgarradoras palabras: "¡Infeliz de mí! ¿Es que soy un adivino? ¿Acaso estoy en el más doloroso camino que me tocó recorrer? ¡Me recibe la voz de mi hijo! ¡Corran, hombres, rápido, acérquense a la tumba, y penetrando hasta la misma boca, por entre las piedras aparta-

das, escuchen si es la voz de Hemón o si es que los dioses me engañan!”.

Hicimos lo que nos ordenaba nuestro afligido jefe y, en el fondo de la tumba, la vimos a ella, colgada del cuello con un lazo trenzado con su velo. Hemón, pegado a la muerta, abrazándola por la cintura, lloraba por la pérdida de su novia del mundo de abajo, por la conducta de su padre y por sus amargas bodas. Cuando Creón lo vio, corrió hacia él con espantoso gemido y entre sollozos le dice: “¡Desgraciado! ¿Qué hiciste? ¿Qué se te ocurrió? ¿En qué desgracia caíste? Sal de aquí, hijo mío, te lo pido de rodillas”.

El hijo lo mira con ojos salvajes, lo escupe en la cara y, sin contestarle, saca la espada de doble filo y yerra el golpe, porque el padre lo esquiva con un salto. Entonces el infeliz vuelve su furia contra sí mismo, levanta los brazos y se hunde la espada hasta la mitad del pecho. Todavía consciente, se aprieta a la muchacha en un desfalleciente abrazo y expira, lanzando sobre la pálida mejilla un brusco chorro de gotas de sangre. Ahora yacen juntos, cadáver sobre cadáver, desgraciados, casados ante la muerte. Enseñan así a los hombres que actuar sin pensar es el peor de los males.

(Sale Eurídice)

CORIFEO: ¿Qué piensas de esto? La reina se ha ido sin decir palabra, ni buena ni mala.

GUARDIA: Yo me asombro también. Pero alimento la esperanza de que, sabiendo la suerte de su hijo, no ha considerado apropiado lamentarse ante la ciudad, sino que en el palacio impondrá a las mujeres un duelo íntimo para llorarlo. No está tan loca como para hacer un desatino.

CORIFEO: No sé. A mí, demasiado silencio me parece indicar algo grave, tanto como los gritos inútiles.

GUARDIA: Si entramos al palacio lo sabremos. No sea que oculte en su agobiado corazón algo reprimido y secreto. Tienes razón: el peso de su silencio es demasiado.

CORIFEO: Aquí llega el General en persona. Trae en sus brazos lo que conmemora que fue él mismo quien causó su ruina y no los otros, si es justo decirlo.

CORO 1

Rayo de sol, la más hermosa luz que jamás haya brillado en Tebas, la de las siete puertas, sobre la corriente de los ríos te muestras al fin, ojo del dorado día. Perseguiste al guerrero de blanco escudo que vino de Argos con todas sus armas, y lo hiciste escapar como un presuroso fugitivo en rápida carrera.

Polynices, excitándolo con equívocas disputas, lo condujo contra nuestra patria, hasta que, lanzando agudos gritos, voló hacia esta tierra como un águila, protegido por el ala de blanca nieve, bien armado y con crines de caballo en sus yelmos.

Se posó sobre nuestras casas y encerró con sus fauces de lanzas asesinas la entrada de las siete puertas, pero se fue sin poder saciar sus mandíbulas con nuestra sangre y sin que el fuego de las antorchas alcanzara la corona de estas torres. El fragor de la fuera se expandió a sus espaldas, difícil prueba para el enemigo del dragón tebano.

Al verlos avanzar como una correntada, orgullosos del dorado estrépito, Zeus, que odia más que nada las jactancias de las lenguas arrogantes, derribó con su rayo al que se disponía a gritar victoria desde las altas murallas.

Sobre la resonante tierra cayó fulminado el portador del fuego, que, dominado por un enloquecido impulso, jadea-

ba y se agitaba con los ímpetus de odiosos vientos. Pero las cosas fueron de otro modo, y el dios de la fuera fue repartiendo a cada cual lo suyo con fuertes golpes.

Siete capitanes, enfrentados a los nuestros en las siete puertas, dejaron a Zeus, el que aleja los males, sus dardos de bronce como tributo. Salvo dos desventurados, nacidos de una misma madre y un mismo padre, que colocaron sus poderosas lanzas uno contra el otro y así tuvieron cada uno su parte de la misma suerte.

Pero llegó la victoria, la de glorioso nombre, regocijándose con Tebas, la de los muchos carros. Olvidemos los recientes combates, y festejemos toda la noche en los templos de los dioses. ¡Que Eaco, el que hace temblar la ciudad, sea nuestro guía!

CORO 2

Mucho es lo que asombra, y nada asombra más que el hombre. Un ser que atraviesa los blancos cabellos del mar con la ayuda del viento tempestuoso, surcándolo bajo las olas circunrugientes.

A la más poderosa de las diosas, a la eterna tierra infatigable, consume sin descanso, labrándola con caballos año tras año.

Con los lazos de sus redes envolventes caza a los aturdidos pájaros, a las bandas de fieras y a los peces del mar, el hombre ingenioso.

Con sus ardides domina a los animales salvajes que vagan por los montes, ata el yugo al caballo de espesas crines y domestica al incansable toro de las montañas.

Se enseñó a sí mismo el lenguaje, el pensamiento que vuela, el orgullo de ser ciudadano, y a evitar los dardos de las

violentas heladas y de las lluvias inclementes. Descubre siempre los caminos, perdido no se encontrará en lo que venga. Sólo de la muerte no puede escapar, y eso que ha descubierto cómo alejar las enfermedades sin remedio. En él hay algo increíblemente sutil, la inventiva, que unas veces al mal y otras veces al bien se dirige.

Crecerá con su patria si respeta las leyes de la tierra y la justicia que ha jurado por los dioses, pero con ella desaparecerá si, por atrevimiento, se mezcla con lo que no es bueno.

¡Que no se siente a mi lado ni comparta mis pensamientos quien estas cosas hace!

CORO 3

¡Felices aquellos cuya vida no ha gustado el sabor del desastre! Porque si los dioses sacuden un hogar, no queda desgracia sin caer sobre toda la estirpe, como las olas marinas cuando se lanzan contra las oscuras profundidades impulsadas por adversos vientos, y levantan la negra arena del fondo mientras resuenan los gemidos de las tempestuosas orillas.

Desde su origen las penas de esta familia se amontonan sobre las penas ya sufridas por los muertos, y ninguna generación puede liberar a la estirpe, sino que algún dios la derrumba, y no encuentra salida.

En el palacio de Edipo se había difundido ahora una luz sobre las distintas raíces, y otra vez la siega el polvo sangriento de los dioses de la muerte, la insensatez de las palabras y la venganza de los corazones. Dios, ¿qué transgresión de los hombres podría limitar tu poder? No puede arrebatártelo el sueño, que todo lo subyuga, ni tampoco los meses incan-

sables de los dioses. Y tú, que no envejeces con el tiempo, dominas, poderoso, el brillante esplendor del cielo.

En lo inmediato y en lo que está lejano, pero también en lo que ya pasó, una ley es la que prevalece: nada muy grande llega a la vida de los hombres libre de desgracia. Porque la esperanza, que anda por todas partes, es un alivio para muchos mortales, pero a otros los engaña con atolondrados deseos. Se desliza sin ser vista, hasta que uno se quema el pie con el fuego ardiente.

Alguien dijo una sentencia muy sabia: lo malo parece ser bueno para el hombre cuya mente un dios conduce a la desgracia, y entonces poco tiempo vive fuera de la desgracia.

CORO 4

Amor invencible en la batalla, saqueado de riquezas, amor que duermes en las tiernas mejillas de las vírgenes, que vagas por el mar y entre los que viven en tierras salvajes, de ti nadie puede escapar, ni entre los inmortales ni entre los efímeros hombres. Quien te siente, enloquece.

A los pensamientos de los justos arrastras para su ruina hasta hacerlos injustos. Y has encendido esta pelea entre hombres de una misma sangre. Sobre las grandes leyes, triunfa el deseo que brilla en los ojos de la amante prometida al lecho, porque, irresistible, juguetea la divina Afrodita.

CORO 5

También el cuerpo de otra mujer soportó el abandono de la luz del cielo dentro de una caverna de bronce y, oculta en esa sepulcral morada, se vio sometida, a pesar de que era noble por nacimiento y llevaba en sí el fruto de dios, concebido por una lluvia de oro. Pero lo que dispone el

destino tiene una fuerza terrible. Ni siquiera las riquezas, ni la guerra, ni las fortalezas, ni las negras naves azotadas por el mar podrían escaparle. También fue sometido al yugo el hijo de un rey, que por su injuriosa cólera fue encerrado por otro dios en una cárcel de piedra, para que allí se extinguiera el furor desatado y terrible de su locura. Con sus burlas hirió al dios y así llegó a conocerlo, ya que detenía a las mujeres poseídas, extinguía el fuego sagrado y provocaba a las musas amantes de la flauta.

En las rocas de un doble mar, un dios vecino a la ciudad vio la maldita herida con que una salvaje mujer cegó a los dos hijos de su esposo, herida que vació las cuencas de sus ojos, que ahora claman venganza por la brutalidad de esas ensangrentadas manos.

Se consumían, míseros en tan terrible sufrimiento, y se lamentaban por haber nacido de un funesto casamiento de su madre. Ella descendía de un noble linaje, y fue criada en grutas lejanas entre huracanes paternos, ágil para correr sobre las altas cumbres, hija de los dioses. Pero también a ella la sometió el destino.

CORO 6

Oh dios de los muchos nombres, gloria de la doncella tebaná, hijo del que hace resonar los truenos, tú, que proteges hasta lo más lejano de la patria y reinas en los valles donde se celebran los misterios, dios que viven en la ciudad de Tebas, madre de las bacantes, junto a las fluidas aguas del Ismeno y sobre la simiente de un feroz dragón.

A ti, la llama de las antorchas, brillante como un relámpago y la fuente sagrada, te han visto sobre la roca de doble cima, allí donde corren tus mujeres.

A ti, los montes cubiertos de hiedra y la verde costa de abundantes viñedos te envían a vigilar los caminos tebanos, mientras se oyen cantos inmortales y gritos sagrados. Esta es la ciudad que honras sobre todas, junto con tu madre, la destruida por el rayo. Ahora que está hundida en la peste, ven con tu paso purificador por encima de los montes y las olas resonantes.

Tú, conductor del color de los astros de fuego, guardián de las voces nocturnas, hijo de Zeus, hazte visible en medio de las ninfas, que, presas de tu furor, te festejan con danzas toda la noche, a ti, dios generoso.

ANTÍGONA de SÓFOCLES.

Traducción de Elisa Carnelli & Versión de Alberto Ure.

1989 · Estreno en **El Excéntrico de la 18ª**, al cabo de un año y medio de ensayos por el *Comando Cultural Cartonero Báez*. La obra fue llevada luego, en febrero de 1990, a la sala Casacuberta del Teatro General San Martín, teatro oficial, cumpliendo un periplo notable, desde la sala de Villa Crespo hasta el corazón cultural de Buenos Aires, en plena Avenida Corrientes.

Elenco

Dirección: Alberto Ure

Escenografía y Vestuario: Melora Demare

Fotografía: Andrés Barragán

Antígona	Cristina Banegas
Isemene	Adriana Genta
Creón	Tony Vilas
Tiresias	Roberto Martínez
Hemón	Damián Dreizik
Guardia	Carlos Bermejo
Corifeo	Cecilia Biagini
Eurídice	Ana Rato
Coros	Alumnas de actuación del taller de Cristina Banegas

BITÁCORAS DE ENSAYO

CRISTINA BANEAS (CB)
&
ADRIANA GENTA (AG)